

INSTANTÁNEAS

Semanario Festivo, Literario, Artístico y de Actualidades

Año I

Santiago, 15 de Abril de 1900

Núm. 3



TÉ 18!

TÉ 18!!



Se vende hoy en todo Chile, habiéndose difundido con extraordinaria rapidez.

INSTANTÁNEAS

Semanario Festivo, Literario, Artístico y de Actualidades

Año I

Santiago, Abril 15 de 1900

Núm. 3

El Retrato de la Abuela

(CUENTO FANTÁSTICO)



N un rincón de la vasta sala que llamaban en la casa *el escritorio* y que no era sino una biblioteca medio abandonada desde la muerte del abuelo que en ella pasó muchas horas de su vida, había un retrato al óleo, descolorido por el tiempo, encerrado en ancho marco de hojas y flores de un suave color de oro viejo.

Representaba el retrato á una dama hermosa, con abundante cabellera rubia dividida por una raya al centro y que caía en cortinas sobre las sienes y las orejas. El vestido de seda verde con adornos negros dejaba desnudo el cuello y el nacimiento de los hombros y el seno, y en la garganta se enroscaba una sarta de perlas. Era finísimo el óvalo de su rostro, delgados los labios que plegaba en los extremos una sonrisa, y grandes y muy claros los ojos, que miraban dulcemente á través del tenue velo de las pestañas.

Los niños sabían que aquella hermosa imagen tan amable, cuya juventud y belleza se adivinaban á pesar de que el tiempo había apagado los colores con que el artista la pintó, era el retrato de la abuelita ya muerta; y apenas comprendían que la anciana arrugadita y gruñona que ellos conocieron hubiera poseído alguna vez esos encantos.

Tenía una extraña atracción el viejo retrato. Mirándolo fijamente largo rato, tomaba relieve, y en la penumbra suave del muro en que estaba colgado parecía animarse. Hasta se hubiera creído que el blanco seno se alzaba con acompasado movimiento en su prisión de seda verde, que los ojos pestañeaban soñolientos y que la expresión sonriente del fino rostro se hacía más y más amable.

El viejo marco con su exuberante vegetación dorada y desteñida, no hacía más que rodear de un vago nimbo el fondo obscuro en que la imagen surgía.

Cuando la nueva generación adornó y compuso según el gusto del día la fachada del caserón, arrancaron las enredaderas que cubrían la ventana de la biblioteca, y un día entró por ella un chorro de luz del sol que arrancó reflejos extraños al retrato de la abuelita joven y llevó hasta él la danza de las partículas de polvo que se bañan en los rayos del astro vivificante.

Aquella inundación de luz fuerte y tibia debió hacer daño á la dama del retrato que, sin duda, era más hermosa en la penumbra que no dejaba ver las quebraduras y manchas de la tela, sino las suaves líneas de sus elegantes contornos.

Pero vino la noche y por la ventana entró un rayo de luna pálido, dulce, que largo tiempo se había posado en las flores de las enredaderas y ahora se metía lleno de curiosidad en la sala é iba á posarse sobre el retrato.

El rayo de luna no había visto nunca un rostro más hermoso, ni aun en las pálidas mujeres agonizantes de amor que á menudo le confiaban sus secretos.

La dama del retrato no había sentido jamás una caricia más delicada, más sutil, más inmaterial que la del rayo de luna cuando posó sobre su seno desnudo el resplandor suave y sereno.

El retrato se estremeció y en el esfuerzo supremo de una felicidad que no puede decirse con palabras, la bella dama encontró un soplo de vida y suspiró.

Y con la voz de los seres que no hablan, misterioso lenguaje que el hombre no entiende sino cuando se ha hecho digno de él, el rayo de luna dijo á la dama:

—¿Os he hecho daño?

Y ella repuso muy bajo, con un rumor muy tenue como el de hojas que el paso de una oruga hace crujir:

—Me causáis gran placer con vuestra visita; ¡hace ya tanto tiempo que no recibo ninguna muestra de afecto!

—¿Tanto tiempo?

—¡Muchol... Ni aun sé contar los días que pasaron... Sólo me doy cuenta de que he debido envejecer y hacerme horrible.

—¡Eso no! Sois la más hermosa mujer á quien me he acercado jamás. Vuestra belleza tiene una serenidad y dulzura que las mujeres de carne no poseen. Parecéis de la familia de las diosas inmortales, cuyas formas de mármol bañan con mi claridad en los jardines y pórticos.

—Sin embargo—suspiró la dama con melancólica coquetería—ya no sé recibir sin turbarme esas expresiones que resucitan en mí lo que fué, lo que murió...

Y como la luna bajaba é iba á ocultarse tras de un tejado vecino, el rayo enamorado de la bella resbaló hasta alcanzar los finos labios que plegaba una sonrisa y les dió un beso de luz.

Cada noche, desde entonces, bajaba de los cielos el rayo de luna, cruzaba el aire cargado de perfumes primaverales é iba á detenerse sobre el retrato de la hermosa dama, que se hacía más bella y parecía revivir bajo la luminosa, inmaterial caricia.

Ella contó su historia, sin hacer más ruido que el rumor de las hojas pisadas por una oruga.

Había amado á un solo hombre y unido á él su vida; pero era un sabio egoísta que pasaba los días y las noches en aquella biblioteca, persiguiendo una gloria científica vana y fría. Ella se marchitó solitaria y triste en el caserón, sin más consuelo que sus hijos, sin haber conocido el abandono del amor, privada de las caricias que soñó en la juventud, sin que nadie admirara sus encantos y su belleza, sino ella misma ante su espejo.

Un día vino un artista que pintó con apasionada admiración su retrato y ganó con ello fama. Desde entonces el espíritu de su juventud y el amor de sí misma vivieron en aquel retrato, infundiéndole como una misteriosa vida. La otra, la anciana arrugadita, que fué abuela, esa no era ella, sino su cadáver, su ruina, su caricatura que la ofendía.

La dama y el rayo de luna se amaron con un amor de luz, más parecido al de los ángeles que al de los hombres. Se amaron porque el rayo gustaba de iluminar bellos rostros de líneas muy puras, y porque la dama sentía que la luminosa caricia la embellecía y resucitaba.

Y el rayo de luna contó á la dama lo que había visto en el fondo de los bosques, en la playa espumosa, en las ventanas donde las lindas muchachas le hacían confidencias y le entonaban dulces canciones.

Pero un día llegó en que la luna comenzó á salir más y más tarde y el rayo enamorado refirió á la bella del retrato que su existencia iba á terminar, que su plazo se cumplía...

—Somos fugaces—le dijo—y ya viene la noche en que los espíritus del firmamento retirarán esta luna menguante que ya no sirve y distribuirán los pedazos de su sér en la inmensa bóveda para hacer de ellos otras tantas estrellas pequeñitas, casi invisibles. ¡Nunca más te veré!

Súbita vejez invadió el retrato desde ese anuncio de muerte. La bella dama no hacía más que temblar de dolor y agotaba sus postreras ternuras para retener al claro rayo de la luna cuyas caricias le habían hecho entrever la inmortalidad.

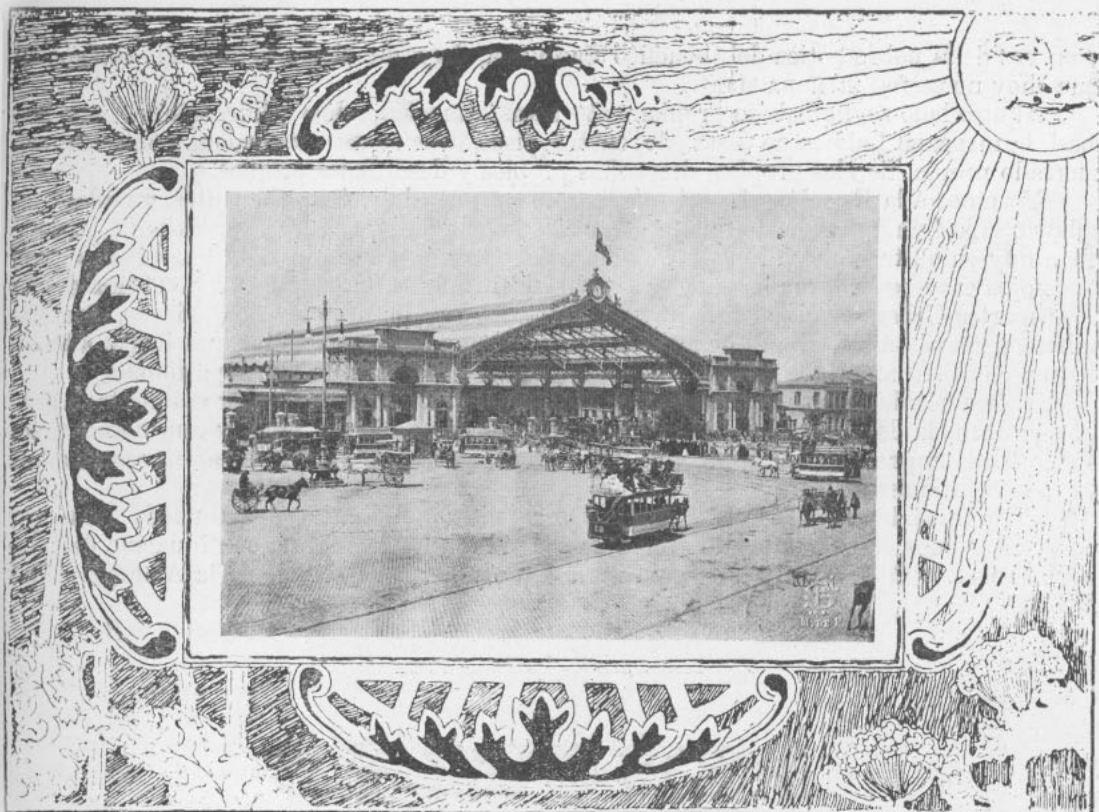
Una noche, el rayo vino apresuradamente, ya muy pálido y débil, la besó en los labios descoloridos con su luz mortecina, y se fué para siempre.

Entonces el retrato crujió como si se rompiera, la tela y el marco se separaron, cedió la armazón de hojas y flores de color de oro viejo y la imagen cayó al suelo sobre el duro pavimento, torcida y arrugada como en un espasmo de agonía.

Dijeron que el calor había abierto el desvencijado marco y hecho daño á la vieja tela.

Pero se sabe en el firmamento donde las estrellas hablan de sucesos misteriosos que la bella dama del retrato quiso morir al perder al rayo de luna que le daba inmaterial besos de luz.





INSTANTÁNEAS DE SANTIAGO

III

LA ESTACIÓN CENTRAL

¡Quién te vió y quién te ve!

No es posible dar una idea exacta de lo que era la plaza de la Estación Central antes que le llegaran los adornos que hoy ostenta por todas partes, es decir, antes que se *adecentara* con los perifollos del progreso.

Ya no está la botica de *Don Sanhuesa*, famoso farmacéutico cuyos aciertos le habían dado fama en diez leguas á la redonda. Por miles se contaban las personas que iban á verle, llenando completamente el mezquino cuadrado de la botica y derramándose hacia afuera, hacia la vereda primero, después hacia el medio de la calle, y por último, hacia el famoso *bebedero*.

Aquí se estaba la pobre gente, espera que espera, éste apretándose la barriga con ambas manos, aquél con la cara amarrada con un pañuelo que le daba dos vueltas, esotro con los ojos en mal estado, una mujer con el chico con convulsiva, muy envuelto para que no le viniera; contándose todos unos á otros, entre quejido y quejido, sus respectivas dolencias, señalándose el sitio en que éstas estaban radicadas, así fuera el poniente como el norte; refiriendo lo lejos que vivían y el rato que hacía que esperaban, concluyendo por ponderar el acierto de *Don Sanhuesa* y la seguridad de ser curadas.

No existe tampoco el bebedero que se alzaba en el centro de la plaza. Era una enorme taza provista de llaves de agua y vasos de fierro grueso, adheridos con una fuerte cadena á los bordes de la pila. Con ellos tomaba el público. Los animales bebían en el lecho mismo de la taza, desdeñando los vasos. Poco á poco empezaron á desaparecer los vasos, después las cadenas, lo que produjo una invasión en el dominio de los honrados cuadrúpedos. Hoy se alza un elegante poste que soporta en su parte superior dos focos de luz eléctrica.

¿Y los edificios? Donde hubo una casa de préstamos está hoy la oficina «Estación» del Banco de Chile; una bodega de frutos del país donde antes se vendían ricos pejerreyes,

y en vez de la pobre botica del benéfico Sanhueza, hay un elegante almacén italiano en que «hoy no se ffa, mañana sí».

Al otro lado no ha habido propiamente transformación, sino edificación: el hotel Melossi, la manzana Laiseca de casas de cuatro pisos, que es una verdadera población, con mercado propio, tiendas propias, despachos propios y desórdenes propios.

Y vamos á la Estación. La misma enorme puerta de rejas, que antes guardaba un robusto guardián, tan robusto que los granujas le gritaban ¡Cuática!; un kiosko á la derecha, muy chiquito y muy monono, donde se encontrarán ustedes con INSTANTÁNEAS y con unos ojos capaces de prender fuego á todo el surtido; á la izquierda, la oficina de los Transportes Urbanos; más allá, la del Telégrafo del Estado; después otro kiosko, otro más y hemos llegado á los salones de espera, donde suelen desesperarse los que llegan á tomar el tren con una hora de anticipación, ó cinco minutos después de haber partido.

Y después de habernos paseado por los amplios andenes, de haber admirado la gran bóveda techada de vidrios, que vino á reemplazar á los antiguos, bajos y mugrientos arcos seccionales, emprendamos la marcha de regreso, porque para unos cuantos apuntes hay ya materia suficiente.

Pero antes de que desde la garita le den el pitazo al carrito de Alameda para que parta, pensemos en que tal como estaba habría sido la Estación una continuación de Chunchunco ó «Los Pajaritos», y que hoy es un digno y hermoso remate de la Alameda de las Delicias.

B. G.

PEÑUELAS



Presentamos hoy á nuestros lectores un hermoso fotograbado de las obras de Peñuelas, que abarca un extenso panorama, y el pequeño diqué que encierra esa enorme masa de agua.

Allí ha hecho la naturaleza una parte colosal de esa obra; però

también ha quedado al hombre una realización larga y difícil del proyecto tanto tiempo acariciado de dar agua á Valparaíso.

A la misma hoya en que los revolucionarios durmieron la noche del 27, preparándose para el combate, ha entrado un torrente de agua que bastaría para ahogar á una gran ciudad.

Unos rateros dejaron á un marqués en medio de la calle hasta sin camisa.

—Tenga *usía* muy buenas noches, le dijeron los ladrones en tono de burla.

—¿Por qué no me quitáis también el *usía*?—preguntó el marqués.

*
*
*

En casa de un senador:

—No se hace nada en favor del ejército.

—Calma, calma... ¡Ya llegará el día!

—Yo ya no espero nada... Un siglo hace que se ocupan de la infantería... ¡Y todavía anda á pie!

EN LA PLAZA DE TOROS

Instantáneas y Pinceladas



El domingo está claro, luminoso, lleno de sol. Flota en el aire fresco de los primeros días del otoño el ambiente especial de la fiesta y del descanso.

En las ciudades, como en los hormigueros, se forman corrientes medio inconscientes, medio deliberadas, que van hacia un punto determinado y arrastran á su paso todo lo que encuentran.

Irresistible ha sido en Santiago, por varios domingos seguidos, la corriente popular que tomaba la Alameda arriba hacia la Plaza de Toros, improvisada con español entusiasmo al lado del Mapocho.

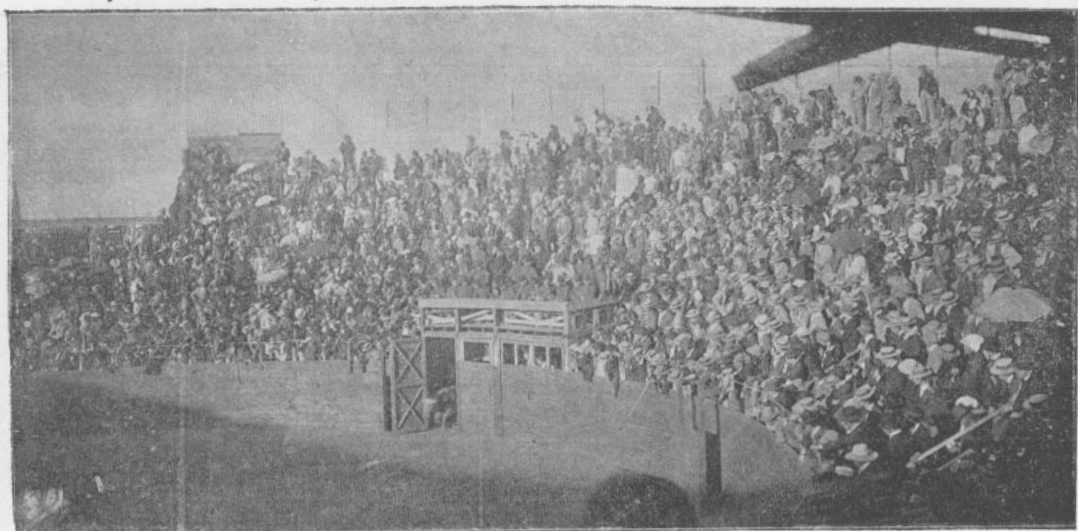
Desde el victoria lujosísimo, con los más elegantes troncos de caballos, hasta el coche de alquiler; desde la española ansiosa de saciar la nostalgia de la patria, hasta la más delicada pollita chilena, frágil como un cristal; desde el cuadrino fuerte, robusto, sanguíneo y vivaracho, hasta el juez olvidado enteramente del famoso Senado Consulto del 24; medio Santiago, el cincuenta por ciento de este pueblo poltrón, lánguido, sedentario, se agolpaba en las puertas de madera de la improvisada plaza, trasladándose allí como un ejército nómada que hubiera levantado sus tiendas.

Y eso significa,—aunque no falten espíritus de condición dulce, sedosa y apacible que se opongan,—que los toros no constituyen un espectáculo sangriento, inhumano y cruel, que los toros no son una vergüenza para nadie y que los toros no son una indignidad para el género humano.

Las proezas del *Chiclanero* y *Calderón*, los graciosos y audaces saltos del *Negrito*, tan saltimbanqui como torero, mantienen á todo el público en una atención vibrante y nerviosa que está muy lejos del temor ó del desagrado.

El domingo pasado sentíamos entre las roncas voces masculinas que pedían banderillas para un toro, una voz cristalina, musical, que decía á nuestras espaldas: *¡que le pongan banderillas!* Nos dimos vuelta... ¡y nos llevamos nosotros las banderillas! Era una muchacha blanca, fresca como un crisantemo recién cortado de la mata, y con dos ojos negros, tan negros, que lo volvemos á repetir, ponían un par de banderillas en cada mirada.

De repente la concurrencia aplaude frenéticamente, y fija sus inquietos ojos en un palco. Ha llegado á él una española de la flor y nata de Andalucía, con la mantilla prendida en el pelo, y el mantón riquísimo de Manila sostenido sobre sus hombros. Los ojos negros, mitad gitanos, mitad españoles, brillan risueñamente en ese marco formado por bucles



castaños, encajes blancos y flores rojas, como si fueran la ilustración de un cantor sevillano trazada por la mano de Goya.

Otras veces es el momento supremo de una embestida, que suspende de súbito la atención de los espectadores, para hacer estallar la plaza en una tempestad de aplausos ó en la más ensordecedora rechifla que haya llegado hasta oídos humanos.

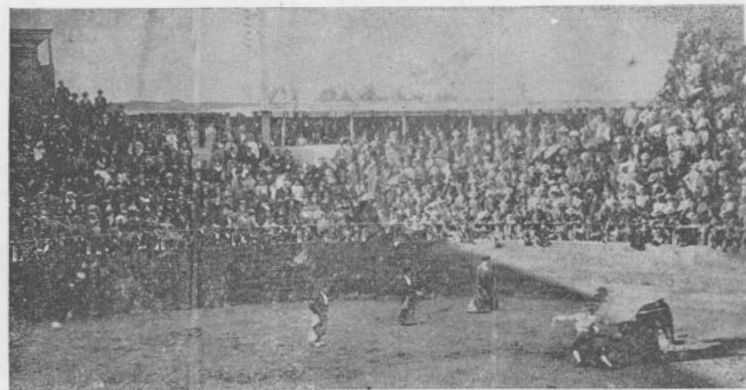
En fin, la Plaza de Toros es una gran paleta con colores para todos los gustos, y es sensible que la hayan salido enemigos que escriban en su contra con miel de palma, y la traen de combatir con tiernos suspiros de conmiseración hacia los bichos.

No recordamos cuál torero español de gran nombradía fué á París á dar una corrida ante la Emperatriz Eugenia, y siendo interpelado por una gran dama de la Corte de por

qué mataban al toro con tanta crueldad, le contestó él con toda la chulesca gracia andaluza:

—¡Hábérmelo avisao con anticipación, señora, y lo habríamos muerto con homeopatía!

Y aquí ni siquiera con homeopatía se mata al toro, y sin embargo, se alza la grito de los espíritus tímidos, de esas almas compasivas, de esas personas demasiado buenas, que visten luto cuando se les



muere el loro predilecto ó el perro faldero regalón.

Ellas tienen razón en sentir las banderillas del toro como si las recibieran en sus propios lomos... Pero también tenemos razón nosotros en encontrar todo eso hermoso, noble, digno de mirarse y de admirarse.

M. Michel Masson dió al teatro una obra nueva, de la que hemos olvidado el título.

Masson había calculado que después que él hubiese dado doce vueltas alrededor del palacio de la Bolsa, la suerte de su comedia estaría decidida. Concluídas las doce vueltas, nuestro autor se acercó al teatro y se vió acosado por vendedores de contraseñas que le proponían una.

—¿Ha concluído la comedia? les preguntó Masson.

—No, señor, contestó un muchacho; compre usted una contraseña y se divertirá mucho. ¡Están *silbando á rabiár!*

El autor se fué á su casa y se metió en su cama, de donde no se levantó sino al cabo de tres semanas.

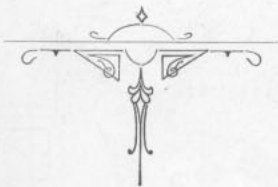
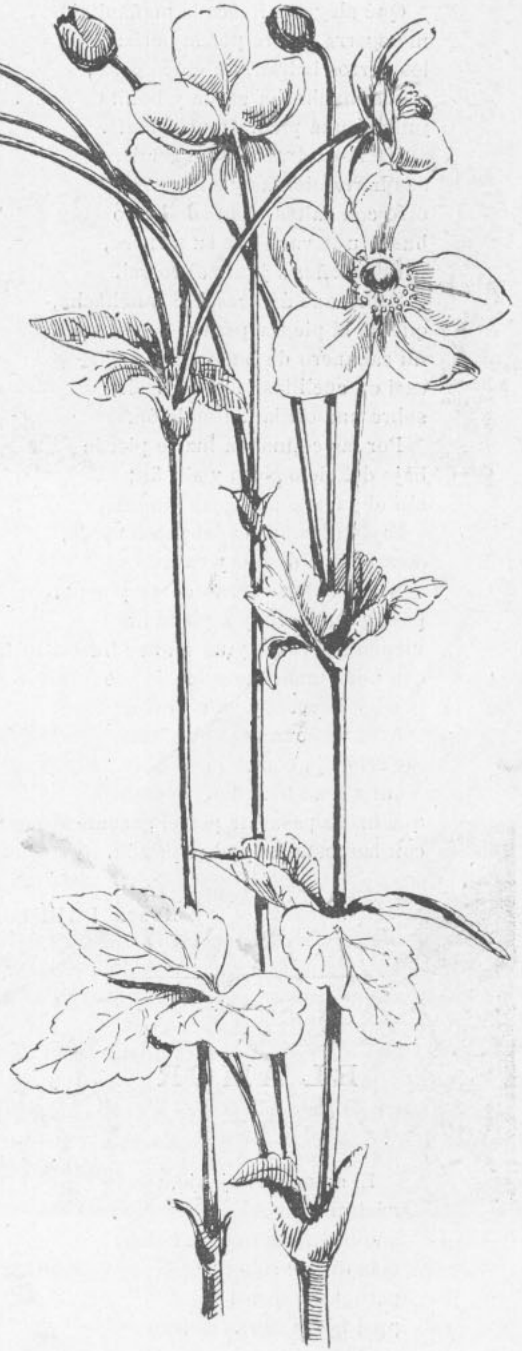


A Bertita

(INÉDITA)

Por mis muchos y tristes desengaños,
te lo confieso ahora,
soy un loco de amor que se enamora
de las lindas mujeres de cuatro años.
Soy pastor que apacienta sus rebaños
en los floridos campos de la aurora.
¡Ay! la blanca inocencia
sólo muestra su lumbre bendecida
en el orto del sol de la existencia,
y tú, niña, trasciendes á la esencia
de las rosas del alba de la vida!
Adiós! adiós! y que recuerdes quiero
cuando yo haga el retorno á mis hogares
á aqueste trovador y caballero
que ha cantado en tu reja sus cantares
porque el amor en sus entrañas lleva
á ramo virgen y á corola nueva.

RUBEN DARÍO



CUADRO MATINAL

Qué alegre y fresca la mañanita!
me agarra el aire por la nariz:
los perros ladran, un chico grita,
y una muchacha gorda y bonita
junto á una piedra muele maíz.

Un mozo trae por un sendero
sus herramientas y su morral,
otro con caites y sin sombrero
busca una vaca con su ternero,
para ordeñarla junto al corral.

Sonriendo á veces á la muchacha,
que de la piedra pasa al fogón,
un sabanero de buena facha,
casi en cuclillas afila un hacha,
sobre una orilla del molejón.

Por las colinas la luz se pierde
bajo del cielo claro y sin fin;
allí el ganado las hojas muerde,
y hay en los tallos del pasto verde,
escarabajos de oro y carmín.

Sonando un cuerno curvo y sonoro
pasa el vaquero, y á plena luz
vienen las vacas y un blanco toro
con unas manchas color de oro
por los jarretes y en el testuz.

Y la patrona bate que bate,
me regocija con la ilusión
de una gran taza de chocolate
que ha de pasarme por el gazañate
con las tostadas y el requesón.

RUBEN DARÍO

EL AMOR

El amor y el ajenjo,
néctares suaves,
que mientras más se beben
más dulces saben;
pero, ¡qué cosas!
¡qué borracheras causan
tan desastrosas!

Mas, un ilustre doctor,
que es insigne bebedor,
dice, en receta genial,
que el ajenjo y el amor,
para que causen placer
que no dejenere en mengua,
despacio se han de beber,
en bello y limpio cristal,
con la punta de la lengua.

Bella copa es la vida,
de licor claro,
la superficie dulce,
y el fondo amargo:
hay que beberla
á sorbos pequeñitos
sin removerla.....

INCONSTANCIA

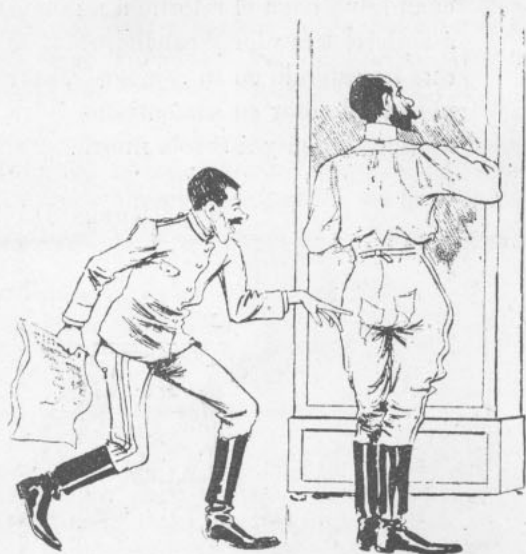
Meciendo flores, derramando aromas,
la brisa de la alegre primavera
apresurada atravesó los campos:
tu amor también voló junto con ella.

Huyó del río inquieta la corriente
bordando con espumas las riberas,
arrastrándolo todo hacia el océano:
tu amor también se fué junto con ella.

Coronada de fuego, nieve y oro
Muda cruzó, cual rápida saeta,
la parda nube que en el aire flota:
tu amor también lo vi pasar con ella.

Del sol al rayo tibio de la tarde
por la falda del monte ya deshecha
bajó la nieve de la altiva cumbre:
tu amor también deshízose con ella.

CARLOS E. KEYMER



—Señorito. ¿Pero ozté no se ha enterao de esta derrota?

—¿En dónde?

—¿Dónde ha de ser? en el traz... waal.

(TRADUCCIÓN DE HEINE)

Nunca una ofensa leve
turbó nuestro cariño;
de la niñez bendita
las horas pasar vimos
jugando satisfechos
á *mujer* y *marido*,
sin que de nuestras bromas
al bienestar tranquilo
mezclaran su ponzoña
las iras ó el hastío.
¡Cuánto luego en la vida
juntos hemos reído!

¡Cuántos besos sellaron
después nuestro cariño!
Por fin, á nuestra infancia
las miradas volvimos;
de nuevo al *escondite*
jugamos como niños,
y tan astutos somos,
tan bien nos escondimos,
que ni encontrarme logras
ni hallarte yo consigo.

José J. HERRERO

Villebois Mareuil

JEFE DEL ESTADO MAYOR BOER

† el 5 de Abril

Una de las figuras más salientes de la actual guerra del África del Sur, era sin duda la del valeroso y hábil oficial francés Villebois Mareuil.

Jefe del Estado Mayor de las tropas del Transvaal, representaba Villebois el cerebro de esta guerra que mantiene en suspenso á todo el mundo.

Joubert era el ejecutor por excelencia, el hombre de la acción decisiva, del rodeo estratégico, del ataque valeroso; Villebois era la dirección superior, era el genio militar, la cabeza que mantenía la guerra.

Pero el Jefe del Estado Mayor del Transvaal no podía olvidarse que era francés, y que llevaba en sus venas la sangre hirviente que incita á cargar á la bayoneta más que á inclinarse sobre una carta militar. Y así, dicen los telegramas que fué rodeado con siete de los suyos y cayó muerto de un balazo.

Es evidente que Villebois había abandonado la obra tranquila del Estado Mayor, para lanzarse impetuosamente al centro de la guerra.

Los boers pierden ya dos grandes jefes, que equivalgan á dos ejércitos. Sin embargo, parece que aún da mucho jugo ese ejército indomable, y que encuentra con facilidad reemplazantes á los héroes que caen sobre el campo de batalla.



CUENTO MUDO — (El Mono Sabio)



1



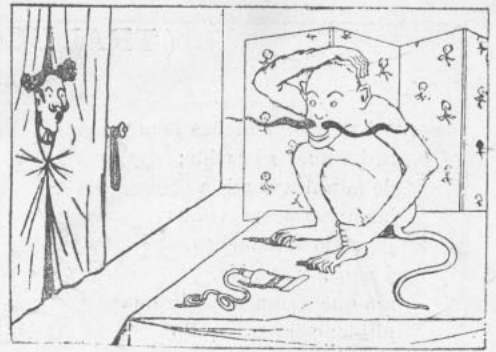
2

Instantáneas dará á sus lectores para el próximo número un retrato de D. Eduardo de la Barra, distinguido poeta y galano escritor que dejó de existir en la noche del Lunes 9 del corriente.

*
*
*

Se hablaba en una tertulia de una buena anciana que había en el Hospicio y que tenía la friolera de ciento veinte años.

—¿Eso les admira á ustedes? dijo un mozo muy vivo y despierto. ¡Si mi bisabuelo no se hubiera muerto tendría hoy más de doscientos años!



3

INSTANTÁNEAS

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTÍSTICO Y DE ACTUALIDADES

Oficina: Moneda, 1164. — Correo: Casilla 655

Número suelto 10 centavos
Número atrasado 20 »

Se admiten suscripciones sólo para fuera de Santiago á cinco pesos anuales, de 1.º de abril á 31 de marzo de cada año.



Paletó bordado forro seda. \$ 22.90

Sombrero plumas novedad \$ 18.90

♣ Aficionados á la Fotografía, Dibujantes y Pintores

INSTANTÁNEAS, reproducirá con gusto toda fotografía, dibujo ó pintura en blanco y negro que se le envíe.

Dirección por Correo: SANTIAGO, Casilla, 655.

Oficina: Moneda, 1164.

Las Novedades Parisienses

SOMBREROS

PARA

Señoras, Señoritas y Niñitas

Capelinos, Toquets de todas clases, verdaderos modelos á \$ 33, 29, 19 90, 15.90, adornos bonitos á 8.90 y 5.90

CAPAS Y CONFECCIONES ÚLTIMAS CREACIONES

Para novias han llegado nuevos surtidos de sederías blancas.

Ropa blanca, modelos enteramente nuevos.

GUANTES LE SUBLIME

ÚNICO DEPÓSITO

J. Zamulo y Le Besgue

NUEVO MÉTODO

DE
BANDURRIA
Y LAUD



COMPUESTO POR

M. RAMOS

LITO BARCELONA

Agotada como está la edición del método del señor J. Zamacois, el que hoy ofrecemos es el ÚNICO que, adoptando la escuela de aquel eximio profesor, sirve para obtener una enseñanza progresiva y racional, dando además á conocer con toda precisión y claridad el mecanismo de ese instrumento, con muchos detalles que faltan en todos los demás métodos.

La mejor prueba de lo que decimos es la gran aceptación que tendrá en España, á juzgar por el siguiente párrafo que entresacamos de un periódico de Madrid recién llegado.

Dice así:

«En cuanto al profesorado, nos ha sorprendido sobremanera que allá en lo más alejado de Sud-América aparezca un profesor que conozca el instrumento tan á fondo que haya podido escribir un método como no existe otro, ni aun lo sospechábamos. El que esto escribe habla con conocimiento de causa por ser dicho instrumento su favorito, y no se imaginaba que de él pudiera sacarse tanto partido con los sencillos y lógicos procedimientos que preconiza su autor, D. Manuel Ramos O.»

Se halla en Venta en todos los Almacenes al precio de 6 pesos



VALPARAISO. — CALLE PRAT, 103

Sociedad establecida para propagar el Ahorro y la Economía en todas las clases sociales

Capital Autorizado: \$ 2.000,000 — Capital Suscrito: \$ 200,000

DIRECTORIO:

F. PINTO IZARRA, Presidente. — CARLOS G. AVALOS, FERNANDO RIOJA, Vice-presidente. — J. F. A. BITTENCOURT, LUIS E. BROWNE, Director Gerente. — CAMILO RENARD, Delegado del Gobierno.

Sucursal en Santiago: Bandera, 286

JUNTA DE VIGILANCIA:

Oswaldo Rengifo, — Adolfo Guerrero, — Carlos Aldunate Solar, — Alirio Parga, Jerente

La Sociedad emite Bonos de Ahorro que se pagan con un derecho de emisión de diez pesos por una sola vez y con erogaciones mensuales.

